



# Semana Comica

LIT. MIRALLES, UNION 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.

JULIA SEGOVIA



Buena, discreta, graciosa,  
graciosa.. discreta .. y buena...  
(Pues señor, no estoy de vena;  
no se me ocurre otra cosa.)



## SUMARIO

TEXTO.—*La Semana*, por Luis Royo Villanova.—*Gitanerías*, por José de Diego.—*El burro de modestas aspiraciones*, por José Estremera.—*El santo-fiera*, por Luis de Ansorena.—*La soledad del campo*, por Juan Pérez Zúñiga.—*Miserias*, por Emilio de Motta.—*Fiebre*, por Juan Lorente de Urraza.—*El Barquillero*, por José Zahonero.—*Crítica cursi*, por Carlos C. Catalá.—*Cántiga china*, por José María de la Torre.—*En el salón «Erard»*, por J. de D.—*Chirigotas y Anuncios*.

GRABADOS.—*Fuñia Segovia*, por Escaler.—*Arbitrios municipales y Por ayudar á un cliente*, por Cilla.—*Dolora*, (ilustrada, sobre croquis de Cilla) por Escaler.—*Precocidad infantil y Cantares*, por Escaler.—*Terrenos para vender*, por Escaler.



Aunque todavía faltan algunos meses para el deshielo, época en que los ríos—como los huérfanos mal educados—se salen de madre, ha habido uno más precoz que se ha adelantado á su época.

El Río... Janeiro, que no se ha salido de madre solamente, sino de toda la familia real.

A estas horas el Amazonas, el Doce, el San Francisco y las demás venas fluviales que surcan el ex-imperio meridional de América comprendido entre Caracas y Buenos Aires, son insuficientes para contener en su álveo y llevar al Atlántico todo el raudal de lágrimas monárquico-brasileñas.

Así como, al perder á Granada, Boabdil el chico con su familia y servidores se internaba triste y caviloso en Sierra Bermeja, dando, al perder de vista el último reducto de su acorralada monarquía, aquel famoso *suspiro del moro*, el anciano emperador del Brasil huirá de sus ingratos súbditos por la *Serra de Espinhazo* ó hacia los montes *Acaray* y *Tumucuraque*, exclamando á la vista de aquel:

—¡Qué nombre tan oportuno el tuyo! ¡*Ah-caray!*!

En situación semejante, dicen que la madre de Boabdil increpó de este modo á su débil y apocado hijo:

—Llora como mujer ya que no has sabido luchar como hombre.

Y ¡quién sabe si los que acompañan ahora al magnánimo cuanto desgraciado soberano del Brasil, dirán á éste al salir de Río Janeiro:

—D. Pedro, D. Pedro ¡cuan bien sienta vuestro nombre á semejante porquería!

Desde el año 1822, en que el imperio del Brasil se constituyó en definitiva independencia del reino de Portugal, dos monarcas ha tenido aquella región, tan prudentes y magnánimos que ni buscados con candil se hubieran encontrado mejores.

D. Pedro I, espejo de emperadores y modelo de gobernantes; D. Pedro II, espuma, nata y flor de la institución monárquica.

No ha habido más que un inconveniente.

Que, como se vé, el imperio del Brasil, en sus sesenta y siete años de vida, apenas si se ha llamado Pedro.

—Desengáñese V.—decía la otra tarde un republicano—esto tenía que suceder; el Brasil era la única región americana gobernada por la forma monárquica.

—Tanto mejor—replicaba un dinástico—por eso se ha conservado como muestra.

—Pero resultaba una muestra bastante cara. Repare V. en que para muestra basta un botón.

—Un botón ¡ya lo creo! mas ¿no vé V. que esto ha sido un ojal?

En fin, que como aquí somos tan inocentes é impresionables, aunque el hecho no ha de tener consecuencia alguna en Europa, todos hemos tenido un día de luto ó un día de júbilo, según que nos tire más el manto de armiño, el cetro y la corona ó el emblemático gorro que nos legó la Frigia.

—No me hable V. del Brasil. Es un país que da asco, porque ya sabe V. que abundan en él la ipecacuana y otras plantas heméticas.

—Si, pero también abunda la jacaranda y es, por consiguiente, el pueblo más jacarandoso que se conoce.

—Repito que es altamente inmoral. Allí se recoge el bálsamo de copaiba.

—¡Que ingratitud! ¡y así olvida V. las minas de oro cuya explotación fué famosa en el siglo XVII! ¡y así olvida V. los célebres diamantes brasileños, orgullo de la pasada centuria!

No hay en la historia ejemplo de otra revolución más pacífica.

Hasta la época ha sido elegida con oportunidad.

Para que dé noticias del cambio de Gobierno el Almanaque de Gotha, cuyas pruebas deben de estar corriéndose.

Los revolucionarios han tratado con la mayor consideración á la respetable persona del destronado rey.

Han ofrecido pasarle su lista civil.

Y esto ya no me parece regular.

Porque es algo fuerte *pasar lista* á un ex-monarca, como si fuera un quinto del último reemplazo.

Despidamos con un atento saludo á la monarquía brasileña.

O *va-sin-leña*, como dirán los revolucionarios del Brasil, haciendo gala de sus consideraciones y respetos con la familia real.

\*  
\*

Ciertas agencias de emigración han encontrado el modo de dar una nueva forma á la trata de blancos.

Ya no es el agente de quintas que, como *Felipito* el de *Cuba libre*,

engancha quintos  
oficialmente.

Es el capitán Araña que embarca á los desengañados y se queda en tierra reclutando más.

Este afán inmoderado de lucro empieza á despertar las iras de los emigrantes.

Se pide protección al Gobierno.

Más ¿cómo ha de concederla este, si el abuso de las empresas y la crueldad de los agentes vienen á favorecer sus planes?

Porque es claro que cuantos más abusos se cometan, mayor será la resistencia á la emigración y, al fin y al cabo, lo que se busca es que ésta desaparezca totalmente.

—Infeliz ¡por qué emigras?

—Señor ¡como dicen que uno se hace rico!...

—Es verdad, *uno* se enriquece; pero ese *uno* ¿sabes quién es? El que os embarca.

LUIS ROYO VILLANOVA.



## GITANERÍAS

He aquí, poco mas ó menos,  
lo que, en ocasión del lance  
de haber puesto cuerpo y alma  
á discreción de un amante  
Soledad, la *churumbela*  
que á París revuelto trae,  
canta la gitana musa  
por plazuelas y por calles,  
cubriendo de maldiciones  
á la muchacha adorable  
que, sinó por lo discreta,  
fué, por lo linda y lo ágil,  
émula de la donosa  
gitanilla de Cervantes:

«Premita Dios que no pueas  
querer en el mundo á naide  
y que ni'gún chavosito  
las soleas te cante  
y que con razón te digan  
*Soledá* en tus solenes.

Premita Dios que un gitano,  
gitana de mala sangre,  
á puñalaitas, toa  
del corazón te la saque;  
pues, no estando mala, lo eres,  
que es el peor de los males,  
y más bien que al que está malo,  
le viené al que lo es, sangrarse.

Tal vez con tu sangre, limpio  
quede el honor que manchaste,  
pues la sangre gitanesca,  
que es mansanilla de Cáiz,  
cuando á juntarla se atreven  
con la cerveza de *extrángis*  
se quea, así, como el agua  
que en la boca se me hace,

pensando en que estás, chiquilla,  
de mis uñas al alcance.

Mas ¿cómo olvidar pudiste  
la tierra en que te criaste?  
Fué, niña, Sierra-Morena,  
morena, como tu madre,  
la que te aliñó en sus faldas  
cuna de rústico encaje;  
allí dis e el primer vuelo,  
como sus águilas reales;  
de entre sus bosques de endrina  
la negra mata sacaste  
del pelo, que las tijeras  
de un gitano han de cortarte;  
de sus nieves, la frescura,  
de sus juncos el donáire  
y del sol, que da de filo  
en sus cúspides brillantes,  
la mirada abrasadora  
de los ojos orientales,  
con que al fuego das envidia  
y á los hombres das achares  
¡y á mí gahas de que cieguen  
ó de que te los arranquen!

En nuestras tiendas creciste,  
nuestros vestidos llevaste,  
nuestros ritos te enseñamos  
y nuestro dulce lenguaje.

Bebiste el alma gitana  
en nuestros viejos cantares,  
y con nuestro pan moreno,  
moreno, como tu padre,  
tan linda cara has lucido  
y echado tan buenas carnes

Hollaste con piés desnudos  
las flores de nuestros valles;  
mas, cuando te los cubrieron

con flores artificiales,  
te dió en ellos hormiguillo  
— ¡Para que os quiero, pies ágiles! —  
digiste y, en la escapada  
rápidos, como en el baile,  
á la *carrera* te echaron  
y es bueno que te los paren.

No te disculpes, *corrida*,  
siendo *corrida* y culpable,  
que á la mujer que se *enfrena*  
no la *desenfrena* náide.

Mas premita Dios que el mozo,  
que va guiando tu viaje,  
te *desboque* con sus besos  
y no contenga el escape  
y por caballo te tome  
y te apriete los ijares.

Y ojalá que, el tiempo andando,  
tu última *corrida* acabes,  
al retornar á la patria  
torera de Costillares,  
cuando ginete no encuentres  
y las ancas se te cansen  
¡en las astas de un Miura,  
como un penco miserable!»

De la musa agitanada  
hasta aquí llega el romance,  
mas lo dicho por su cuenta  
confirmo yo por mi parte:  
*que la sangre dispercude  
mancha que en la honor fincare:*  
cosa lógica, que h'bia  
de pasar á todo trance,  
si eran, *él* de empuje y *ella*  
apretadita de carnes!

JOSÉ DE DIEGO.

## EL BURRO DE MODESTAS ASPIRACIONES

Para vivir dichosos,  
todos los animales  
dirigieron á Jove memoriales,  
pidiendo cada cual aquellos dones  
conformes con sus gustos y aficiones.

El león le pedía  
poder despedazar reses y reses;  
el lobo pretendía  
entrar en un redil todos los meses;  
el topo un catalejo;

verse libre de perros el conejo;  
trigo la cogujada;  
el gato carne, lumbre y no hacer nada;  
y así de los demás. Tan sólo el burro  
pedía una merced poco costosa,  
pero más que las otras provechosa.  
Su memorial decía: «¡Oh Jove! advierte  
que yo solo te pido  
un don que por modesto he merecido,  
y es, no más, contentarme con mi suertel

JOSÉ ESTREMERÁ.

## EL SANTO-FIERA

Pues... hablamos de tí; no te ha olvidado,  
aunque está el pobre mozo consagrado  
al servicio de un Dios, todo consuelo,  
que á él le echó una pasión desde su cielo  
cual se arroja una teja de un tejado.

Vino á verme á mi casa el que al servicio

de Dios no más, se consagró ferviente,  
y adoptando un severo continente,  
habló de la virtud y habló del vicio...  
Yo le escuchaba con paciencia... ¡Vamos!...  
¿era aquel el de ayer?... ¡Cómo cambiamos!...  
¡Pero por qué se queja



## ARBITRIOS MUNICIPALES

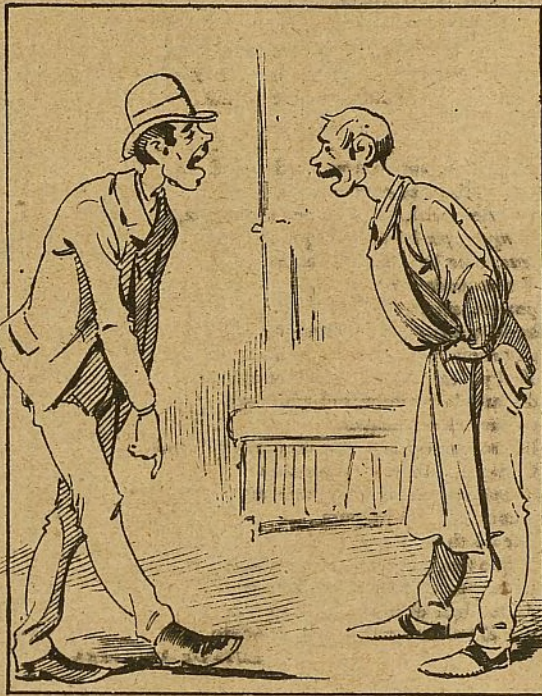


—Pues *ánimo* ahora á cobrar el impuesto sobre los perros y como me *sembla* que Vd. tiene un perro chico, yengo á ver...

—¿Un perro chico? Perdone, hermano; no tengo más que plata.



POR AYUDAR Á UN CLIENTE  
Ó EL ZAPATERO DESGRACIADO



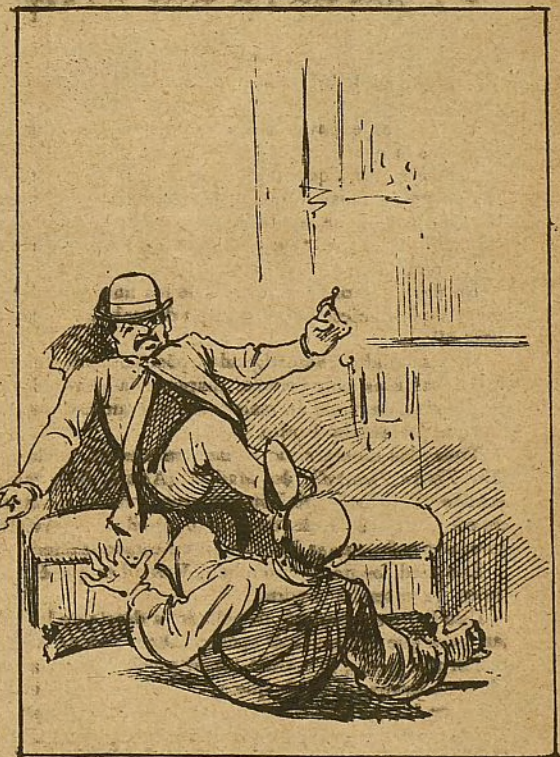
1.



2.



3.



4.



del actual desenfreno, el que hace poco se agarraba á los hierros de tu reja con los espasmos y el afán del loco? ¡Hipócrita infeliz!... Después de un rato, fijando la mirada en tu retrato, que está á un extremo de la estancia mía, con voz opaca y balbuciente, dijo: —Es Sofía... ¿verdad?—Justo: Sofía... —Y... ¿es feliz?...—Muy feliz; ya tiene un hijo. ¡Un hijo! ¡vive Dios! ¡De qué manera se levantó el cutado, rojo de indignación y de despecho! y de su ardiente pecho ¡qué resoplido de encelada fiera! Con acento febril y entrecortado: —¡Un hijo! repitió; vino á mi lado al verme sonreír; cambió de tono, y:—¿Conque... al fin—me preguntó—al fin tiene?... —Pues, si señor, lo que le dije: un nene... —¿Conque un nene, verdad?—¡Vaya! y muy mono... —Es natural,—me respondió al momento, ensayando una risa dolorosa,—su madre es un portento... ¡No conozco muchacha más hermosa! ¡Qué ojos! ¡qué boca! ¡qué perfil! ¡qué mano! ¡qué gracia y expresión en el conjunto de aquel rostro divino más que humano!... ¡Muy bella!—repitió... Y aquí hizo punto; y volviendo á un furor, que yo me explico en los que acerbos desengaños lloran... —¿Con que un chico?—rugió—¿con que es un chico?... ¡A mí todos los niños me encocoran!—

Y tan brutal me pareció aquel necio, que, sin pensar en la sangrienta herida que infirió el puñal de tu desprecio, le contesé en seguida:

—No obstante ese desvío, si fuera hijo de Vd. ese muchacho, ¿no le querría Vd.? Como un borracho vaciló y respondió:— ¡Si fuera mío!...

Ayer le he vuelto á ver... ¿Sabes, Sofía, que su llaga se encona cada día un poco más?... Y creo que se encona, porque ayer he notado que tenía levantada la piel de su corona. Y esto nada me extraña, porque, según se dice, aquella mano que el altar bendice su propia carne con despecho araña. Y el pedazo de piel, siempre afeitado, de santidad y de virtud emblema, es para el desdichado hierro que oprime, que desgarrar y quema. Con que... abur... Tú procura que se críe robusto el pequeñuelo, y compadecete á un cura que no tiene ni un cielo... ni otro cielo... Y que tenga cuidado tu marido, pues este santo-fiera muestra gana de cambiar el hisopo y la sotana por el trabuco y traje del bandido.

LUIS DE ANSORENA.

## LA SOLEDAD DEL CAMPO

Pepito Rodillera estaba quedándose hecho un espárrago triguero.

Los calores le sentaban muy mal. En cambio, los fríos le sentaban peor.

Parece mentira que hubiese gozado de robustez en sus primeros años, porque al cumplir los veinticuatro, la carne distribuida por todo su cuerpo, á la suya pesaría medio kilo; pero medio kilo de los de carnicería, es decir, mermado.

En fin, hubiera podido contarle los huesos cualquier mortal que hubiese tenido tiempo de sobra y vocación para ello.

Ojos hundidos y amortiguados, pómulos salientes, mejillas entrantes, color crema, inapetencia devoradora y respiración de fuelle en mal uso: tales eran los caracteres que presentaba Pepito.

Todas las funerarias antiguas y modernas, incluso el *The Times Funeral*, de Madrid (Alcalá, 60), tenían echado el ojo á nuestro hombre, esperando el momento de ofrecerle sus excelentes cuanto agradables servicios, lo cual prueba que se hallaba en un estado calamitoso.

Los médicos no lo entendían. Verdad es que él tampoco les entendía á ellos.

Uno le recetó pomada de belladona detrás de las orejas, para que recobrase el apetito. Otro, y de gran reputación por cierto, le mandó tomar mucha mostaza inglesa en ayunas, á fin de que adquiriese fuerza y elasticidad en los miembros. Y no faltó quien le propinara cierto famoso colirio para facilitarle la respiración. Hasta una curandera muy célebre y muy fea le vió, le reconoció y le zarandeó cuanto pudo para venir á decirle que, como no suprimiese la canela en el chocolate, moriría tísico en cuatro días.

Todo fué en vano. Pepito iba de mal en peor.

¿Cuál era la causa?

Hagamos historia, por hacer algo, y reflexionemos después.

El pobre muchacho desde su tierna infancia (porque hay que advertir que Pepito tuvo infancia tierna), había sido excesivamente mimado por la suerte y por las dos únicas abuelas que el cielo quiso depararle.

Estas buenas señoras se disputaron el cuidado de Pepito, y le dieron una educación de todos los demonios.

Tenía los vicios al por mayor, se reunía con lo más escogido de la flor y nata de la *high-life* de los perdidos y su vida desordenada le hizo dar al traste con su salud.

Estaba enamorado hasta mucho más allá de los huesos de una tal Vicenta, buena moza ella, cigarrera ella, y mujer de rompa usted y rasgue usted (eso de decir *de rompe y rasga* me parece demasiada familiaridad).

Pepito y la Vicenta (que así la llamaban por su robustez) vivían en buena armonía y en buena casa, pero Pepito iba desmejorándose visiblemente, debido, sin duda, á la susodicha armonía.

Su inocente familia lo atribuyó á exceso de trabajo, pues Pepito tenía sobre sí múltiples ocupaciones. Estaba empleado en el Ayuntamiento (ramo de limpiezas), tocaba la flauta donde le salía, llevaba los libros en una fábrica de fideos finos, y dibujaba caricaturas para un semanario de Navalagamella.

—Esta vida no es para tí, Pepe—le decía la autora dramática de sus días.

—Pues yo no quiero pasar á mejor vida—contestaba el angelito.

—Mira que ese tragín te está produciendo un suicidio lento, pero continuo.

—Madre de mi alma, no seas estúpida y fíjate en mi situación. ¿Qué quieres que haga? ¿Que deje los fideos



finos, que abandone el municipio, que renuncie al instrumento?... ¡Oh, no es posible!

—Si, hijo. Aléjate del bullicio de la capital, y quizás en una apartada y tranquila aldea recobrarás la salud perdida. ¡La soledad del campo es lo que más te conviene!

Su tío Próculo, su tía Crecenciana, su primo Sempronio, sus hermanos Teófilo y Eutiquio... todos, en fin, apoyaron el consejo maternal, y dijeron á coro, aunque desafinando mucho:

—La soledad del campo te conviene.

Pepito regañó con la Vicentona, hizo como que meditaba y decidió irse á cierto pueblecillo, al cual tenía echado el ojo con su cuenta y razón.

Pocos días después, salía el chico para Carrascalejo de la Mataverde, pueblo de treinta vecinos y pico, situado en medio del campo completamente, dotado de abundantes aguas, sobre todo en tiempo lluvioso, y, en

fin, con unas condiciones higiénicas de primer orden.

Desde luego se dirigió á casa del señor cura, hombre campechano, que disfrutaba de excelente salud y no menos excelente ama, á la cual trató Pepito como si la conociese de antiguo.

Por su parte, el ama, que era una hermosa mujer, de ojos negros y carnes blancas, le hizo olvidar los encantos de la Vicentona y los atractivos de la capital.

¿Ha engordado Pepito?

¿Ha llegado á respirar como Dios manda?

Creemos que no. Pero ha dado gusto á todos y, aunque demacrado, regresa completamente satisfecho, pues si no halló su suerte en la soledad del campo, él no dejó de procurarlo, siguiendo el consejo de sus parientes.

¡Ah! Hay que advertir que el ama del cura de Carrascalejo se llama Soledad del Campo.

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

## MISERIAS

«..... des ouvriers noirs de charbon, trempés de sueur, qui, nuit et jour, radissaient leurs muscles et entendaient craquer leurs os, pour suffire les plaisirs de...»

ZOLA.

Poco á poco iban llegando hacía las minas de cobre los rezagados obreros consultando sus relojes, y ya, en espesos corrillos agrupados en desorden, estaban junto á la mina quinientos trabajadores, cuando el sol rompió la niebla y asomó en el horizonte.

Al poco rato bajaban por tandas de diez ó doce, ocupando con pereza los estrechos ascensores, con las lámparas de Dawis colgando en los chaquetones y en el hombro las piquetas afiladas por los golpes.

Los capataces llegaban envueltos en sus capotes, dictando, según costumbre, duras y enérgicas órdenes, que cumplirían muy pronto aquellos quinientos hombres.

Abajo en las galerías repercutían las voces de esos obreros forzudos que viven siempre de noche, y pasaban rechinando

las vagonetas enormes, que llevaban hacía fuera el mineral en terrones.

El espectáculo raro que pude mirar entonces dudo que en toda mi vida de mi memoria se borre. Los mineros manejaban con furia los azadones, lanzando gritos agudos que acompañaban los golpes, como animando ellos mismos sus rudísimas labores.

Alí consumen sus vidas encerrados desde jóvenes, extrayendo la riqueza que hace opulento á otro pobre, con el poder de sus músculos ¡de sus músculos de bronce!

Arriba el sol, la alegría, los placeres, los amores, ¡un conjunto de atractivos! ¡una multitud de goces! Y abajo, en las hondas minas donde el metal se recoje, ¡la tristeza de las tumbas! ¡la oscuridad de la noche!

Abandoné al poco rato los criaderos del cobre y un amigo, que me había servido de *cicerone*, me dijo con voz muy baja: «Estas minas son del Conde, pero no es él quien disfruta sus rendimientos enormes. Los derrocha una señora que tú sin duda conoces, porque es su vida galante muy señalada en la Corte, y como concede al dueño simpatías y favores, él la paga sus caricias con estas explotaciones, que al año dan muchos cientos de toneladas de cobre.»

Yo me asombré grandemente cuando me dijo su nombre; era la reina del lujo, la *nina* de moda entonces.

¡Ella gastaba en un día lo que á costá de sudores y por un jornal mezquino, que aun les adeudaba el Conde, sacaban de allí en un año quinientos trabajadores!

EMILIO DE MOTTA.

## FIEBRE

No más la queja sentida, ni lágrimas, ni tristeza. Ven, ven á mí enardecida é insúltame con fiereza. Dime que no tengo honor,

que soy un falso y un necio, que mi poco pundonor sólo merece desprecio.

No se detenga tu lengua, conviértete en una furia,

y arroja mengua tras mengua, lanza injuria tras injuria.

Emplea frases soeces para zaherir mis deslices; dime, en fin, que me aborreces,



## DOLORA

(Ilustrada, sobre croquis de CILLA, por ESCALER)



Cierto monte, por su altura,  
no dejaba ver el mar  
desde la casa del cura  
de un lugar.



Para ampliar el horizonte,  
con un cuento baladí  
transportó el cura aquel monte.  
—¿Cómo?— Así:



—A las que una piedra—dijo—  
lleven de aquel monte, Dios  
les dará á algunas un hijo,  
y á otras, dos.



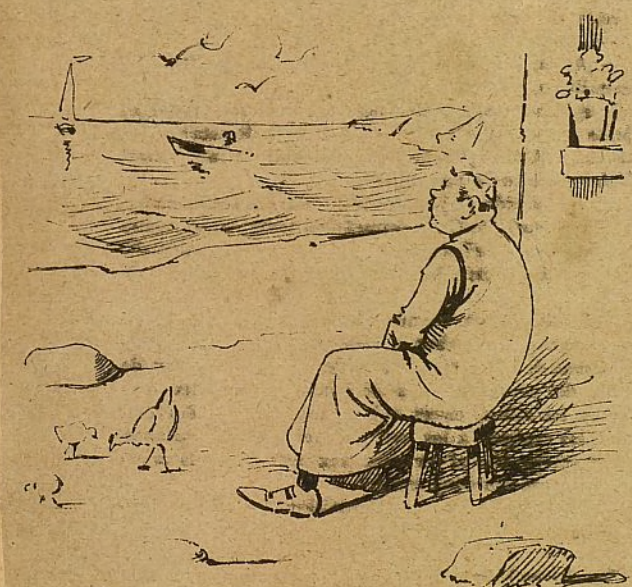
Hubo mujer diligente  
que se llevó de una vez,  
no una piedra solamente,  
sino diez.



Todas, rubias y morenas,  
fueron al monte á buscar  
más hijos-piedras, que arenas  
tiene el mar.



Despojando, grano á grano,  
las niñas el monte aquel,  
lo pusieron con el llano  
á un nivel.



Perdió así el monte su altura  
y al fin vino á resultar  
que desde casa del cura  
se vió el mar.



Como cree con las entrañas  
toda mujer cuando creé,  
transporta hasta las montañas  
con la fé.



oiga yo que me maldices,  
y sufra horribles tormentos  
por tu satánica calma,  
mientras tus odios violentos  
me van destrozando el alma.

Basta de tiernas caricias,  
abandona la ternura  
y olvidemos las delicias  
que inspira la pasión pura.

Nada de amantes miradas,  
nada de ardientes deseos,  
ni de frases delicadas  
ni de tiernos desvanecidos.

Es mejor que me motejes,

es mejor que me destroces.  
Yo no quiero que te quejes,  
quiero insultos, quiero voces...

Gozo con ver que me irritas,  
gozaré con responderte,  
y hacerte callar si gritas  
y hasta arañarte y moderte;  
y cuando viertan tus ojos  
lágrimas de honda aflicción,  
caeré yo á tu pies, de hinojos,  
para pedirte perdón.

Se siente uno más amante  
después que fiero atormenta.  
¡Si brilla el sol más radiante

cuando vence á la tormental.  
¿Que estoy loco? Es un error.  
Es que busco sensaciones,  
Pues dime: ¿qué es el amor  
cuando no tiene emociones?

Basta, pues, basta de abrazos,  
que á despreciarlos me atrevo.  
Quiero romper estos lazos  
para anudarlos de nuevo...

¡Insultos!... ¡más! ¡Eso, eso!...  
Y luego á pedir perdón...  
¿Hay nada mejor que el beso  
de la reconciliación?

JUAN LORENTE DE URRAZA.

## EL BARQUILLEEROO!



ESTE era un grito alegre que animaba, á la caída de la tarde, la barriada de las Eras. Llegaba Gorrilla, cargado con un pesado cilindro de metal, en cuya tapa se veía la ruletita para los jugadores.

Diffícil, si no imposible, nos será pintar á Gorrilla. Era un chicuelo alto, espigado, de cara morenucha y fea, con cabeza desgreñada, mal cubierta por una especie de gorra, ó cosa así, abierta en girones y por ellos saliendo á pedazos el mullido de algodón que tenía en el forro. Una blusa raída, unos calzones rotos y unas botas viejas, formaban el atavío del barquillero.

Era un pillete; estaba cuasi desdentado, porque sin duda á fuerza de mentir y de jurar, con mentiras y blasfemias se había desmenuzado la boca.

Tenía un modo muy singular de poner en pregón su mercancía; era su grito un grito de voz aguda y vigorosa, y se anunciaba con ella desde muy lejos diciendo: «¡El barquilleeroo!», como hubiera podido decir: el Rey de España y de sus Indias.

Hay historias que carecen completamente de interés para las personas graves y doctas; pero felizmente no son muy aficionadas á leer cosas sentimentales, así que podemos sin temor alguno, proseguir libres de sus censuras estas menudencias de la observación.

Cuando Gorrilla llegaba al barrio, una muchedumbre de niños le aclamaba poseída del mayor regocijo: ¡El barquillero, el barquillero!

Y una sonrisa de diablejo triunfante, que brinda á la sensualidad y á la codicia con tesoros, cebo de las almas, aparecía en la feucha cara del pillete Gorrilla.... ¡primer emisario de la gula y del juego, trampa del infierno!

A veces, no hay siempre fortuna para los seductores: Gorrilla recorría en vano todo el barrio; nadie fijaba en él su atención, á no ser algún perro descarado que le acometía ladrando furiosamente, y Gorrilla, sintiendo más que el peso de su cajón de barquillos, la pesantez del hastío que suele producir á los que ejercen su oficio de perezosos, paseante, su ir y venir y estar ociosos, se aburría en grande cansado de vocear y sin haber hallado aficionado alguno á la fútil golosina que expendía.

Una tarde, una señora joven, de rubios cabellos,

blanca como la leche y bonita como una santa del altar, llamó al barquillero; rodeaban á aquella señora cuatro ó cinco niños, piando pedigueros como pollitos de clueta.

—¿Lleva usted, barquillos, barquillero?

—¡Chillaría yo tanto, señorita, si no los llevara!

Era verdad. A la señora le pareció el barquillero un pillete de los más ladinos; el mozo dejó en el suelo su cajoncillo cilíndrico, que los niños rodearon, agarrándose con sus manecitas al arete de la ruleta, y como la señora intentaba apartar de allí á los pequeñuelos, el barquillero dijo algo que á la señora le pareció otra frase propia de un pilluelo redomado.

—Déjelos usted, señorita; así hacen público, y la gente llama á la gente;—y al decir esto el muy pillito miraba con sonrisa cariñosa las cuatro cabecitas de oro que se apiñaban en torno del barrilete de los barquillos.

Había cuatro, cuatro preciosas criaturas; la mayor de las cuatro no tendría seis años seguramente; no, no los tendría, no había más que mirarla. ¡Vaya! era una bonita niña aquella mayorcita, según dijo con sonrisa que á la madre hubo de parecerle aduladora, el barquillero, el pillito del barquillero.

—Es un niño...—replicó la señora.

—¡Anda, y lleva faldillines entoavía!—exclamó el barquillero, y se echó á reír.

Luego los pequeñuelos jugaron; hicieron rodar el eje de la ruedecilla y vibrar la espigueta de asta por los clavos... ¡Uno! ¡Vaya una ganancia! ¡Cinco, diez! ¡Veinte, veinte de una jugada!...

¡Brava partida de jugadores!... Gorrilla se arruinaba, no había remedio. Cada pequeñuelo tenía en su mano una larga vara de barquillos, puestos unos en otros. El niño reía á más reír, las niñas reían también ebrias de gozo.

Todas las tardes, cuando mil luces rojizas y mil destellos de oro iluminaban el cielo por cima de las ásperas lomas de la sierra, y los verdes campos recibían de la luz del poniente visos de grana y tornasoles brillantes, los niños, cuyas rubias cabecitas se doraban como las espigas á los reflejos del espacio, saltaban llenos de regocijo al oír cada vez más cerca la poderosa y alegre voz de su amigo:

—¡El barquilleeroo...! ¡Barquillos de canela, barquillos!

### II.

Aquello se hizo una invariable costumbre; Gorrilla, antes de aceptar su profesión de barquillero, había pululado por las calles solitario, tal vez ocupado en ignorados y no muy honrosos trabajos... Antes de volar y cantar por cima de los tallos de yerba, muchos insectos, sufren un largo período de larva, gusanos royendo bajo tierra las profundas y amargas raíces; después, hasta les es dado gustar el azúcar de las flores... En la



ciudades se ofrecen también graduales progresos en la vida de muchos seres...

Ello, en fin, era que el barquillero no había tenido hasta entonces costumbres; pero hizo habitual la visita diaria á sus parroquianos, á los niños de la señora rubia, blanca como la leche y bonita como una santa del altar.

Y hasta hablaba con ella y con los niños... Todos habían hecho costumbre de verse y de hablarse á la misma hora y en el mismo sitio... «El se perdía dando más barquillos de lo regular,» y ellos jamás dejaban de comprarle.

Además, Gorrilla llegó á saber, menos que por lo que le dijo la señora, por lo que de ella oyó decir, y aun sobre todo, por lo que él adivinaba, que la señora y sus hijos eran una familia pobre.

### III.

Si, una familia pobre; mil y mil veces hubo de repetírselo á sí mismo el barquillero, cierto día en que se hallaba mordido por las dudas, afanoso é inquieto.

Si, él lo había sabido; una de las muchas mujeres que se sientan á parlotear de todo y á coser al sol, hubo de decir que el marido de la señora había sido *inmensamente* rico, y todo, todo lo había perdido en el juego... ¡Aquello era un dolor! Si hubiera sido rica la tal señora... puede que el barquillero cediese á la tentación que entonces le acometía... resabios, sin duda, de raterillo de las calles... Pero, no; bien claro lo había oído decir Gorrilla...

La señora de los niños... era pobre; tenía un marido feroz, el cual, según le habían dicho á Gorrilla, había empeñado hasta la última alhaja de su mujer por causa del juego.

Ello era, en fin, que el barquillero se hallaba en una de esas peligrosísimas crisis de conciencia, por las cuales se expone á ruda prueba, sin duda, la honra de un hombre; no había más que mirarle para comprenderlo; se hallaba agitado, y caminaba apresuradamente, olvidándose hasta de pregonar su mercancía, y una vez que lanzó su grito de costumbre, pudo notarse que tenía la voz enronquecida.

No era difícil que en su ánimo se dieran las quimeras de la fiebre de todo miserable que llena su cabeza con el humo de los sueños vagorosos y pertinaces de la codicia; al fin y al cabo él llevaba sobre los hombros un remedo pueril, pero remedo fiel de la fortuna; puede que aquella ruedecilla volante de la ruleta diera movimiento rotatorio á ese vertiginoso vuelo del espíritu

embriagado por las audacias de la imaginación... y se viera ¡phs! por capricho del acaso, por un buen número dado en suerte, convertido de andrajoso en magnífico, de pobrete cargado con su industria como un caracol con su concha, en señor de algún palacio... ¿No había sido el banquero tal un cargador, y el capitalista cual un peón trituradora-terrones? De menos hacía Dios á las gentes del dinero...

Y puede que esto empezara por un hallazgo fútil...

—¡Ah! Pero, no,—se decía después,—esta cruz y esta cadena de oro que yo acabo de encontrarme, puede que sean de la señora... Si, deben de ser de la señora; ella se hallaba sentada á no mucha distancia... Además, que yo creo habérsela visto colgada al cuello.

Puede que no, ¡qué diablo! ella no había de tener estas riquezas... No; puede que haga una tontería... ¡estól! ¡Y mas que fuera de ella! ¡qué había de perder? Cuando mas...

Y al pensar esto, el barquillero se disponía á proseguir alejándose del barrio; mas luego se detenía pensativo, intentaba retroceder y deshaciendo lo andado, volvía á su camino.

En una de estas vacilaciones se detuvo y le pareció ver ante sí á Manolín, el pequeño, y á las tres niñas, y le pareció que le tendían los brazos y le miraban con los ojos brillantes de alegría y llamándole como todas las tardes...

—¡Barquillero! ¡barquillero!...

Y retrocedió, se dirigió al pelotón de oscuras casas, por entre las cuales brillaban las mortecinas luces de petróleo del alumbrado de los arrabales, y habiendo hallado el portal, penetró en él, subió la estrechísima escalera, y se halló ante la señora rubia, blanca como la leche, bonita como una santa del altar, y ante los cuatro niños...

Era de ella la cruz; Gorrilla se oyó llamar muchacho honrado, sintió que una mano blanca y suave estrechaba la suya, y que los pequeños le besaban, y salió de allí con este extraño pensamiento:

—¡Así verá que yo no soy como su marido con esas criaturas!

Y luego gritó con más alegría que nunca:

—¡De canela, barquillos, el barquillero!...

¡Quien sabe si oiremos en este vocear de los vendedores ambulantes, más que el pregón de una mercancía, gritos del alma, gritos triunfales, como el que se escapó aquella noche del pecho de Gorrilla!

JOSÉ ZAHONERO.

## CRÍTICA CURSI

(EN UN ALBUM)

Hojeando este album, ví, con bastante asombro, yo, los versos que te escribió un poeta... ó algo así.

Y, si he de ser imparcial, no diré que son muy buenos; pero sí, que, por lo menos, como mal, no están tan mal.

No obstante, como, en conciencia, y sin pararme en pelillos, yo ví en ellos defectillos de bastante trascendencia, perdona si resistir no puedo tales gazapos

y voy sus ripios y *trapos* á sacar á relucir.

Y no por murmuración ni por mera habladuría creas que de esa poesía emito aquí mi opinión; pues, aunque por petulante pase á tus ojos, diré que, en cosas de versos, sé dó me aprieta el... consonante. ¡Es que me revienta hallar tanto poetastro memo escribiendo hasta el extremo de no poderse aguantar!

Y ¿qué quieres que te diga? Yo en vapulearlos me afano... Pero, en fin, vamos al grano, y ya verás tú si hay miga.

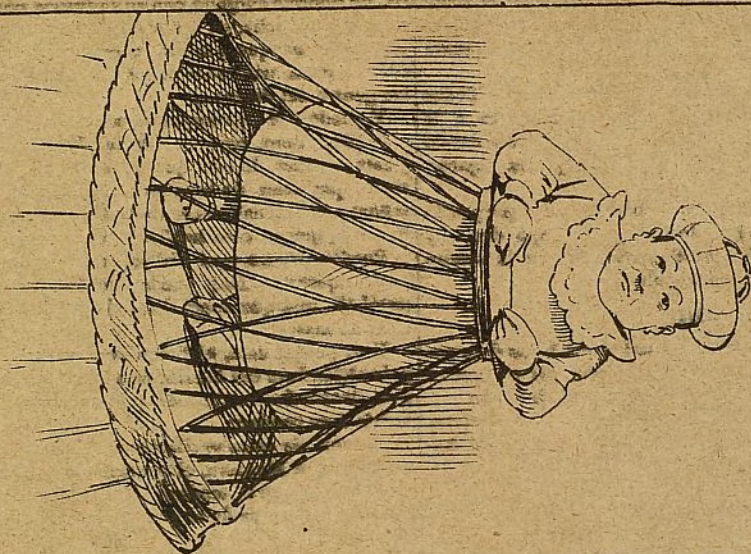
Conque ánimo y fortaleza, Luz, que voy á dar principio. Al primer tapón... un ripio. Figúrate tú que empieza diciendo: «Eres, Luz, un sol,» (el cual *sol* le hará sudar... ¡es tan difícil hallar un buen consonante en *ol*!)

Luego, en verso macarrónico, dice que «de amor por tí

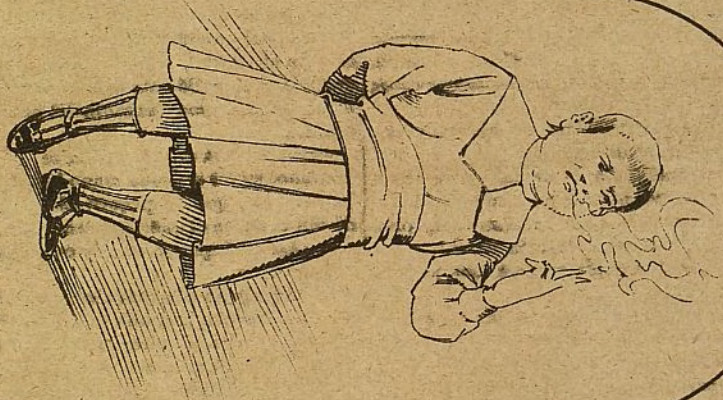


## PRECOCIDAD INFANTIL

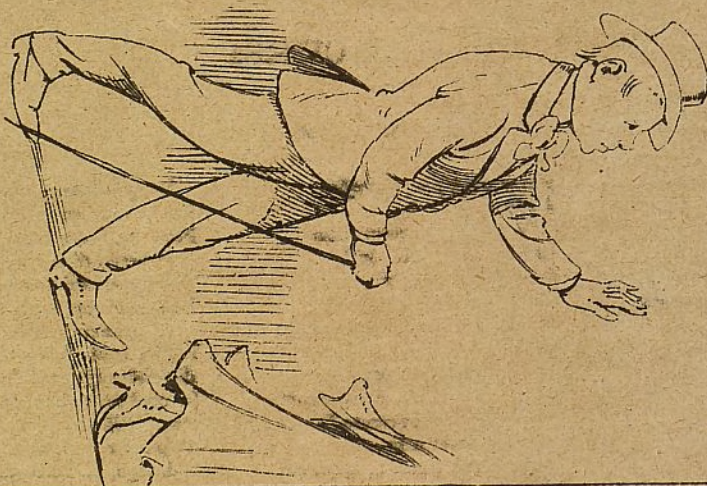
El niño de ayer.



El niño de hoy.

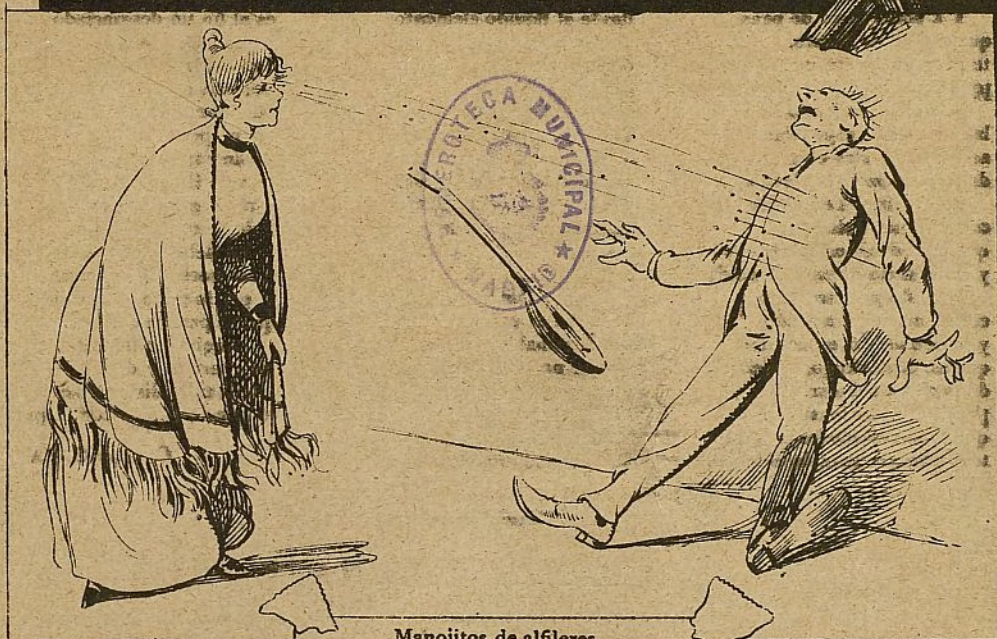


El niño de mañana.





## CANTARES



Manojitos de alfileres  
me parecen tus pestañas,  
que cada vez que me miras  
me los clavas en el alma.



Mal hizo el que hizo el encargo  
de hacer las cosas al gusto:  
todo es corto ó todo es largo  
y nada nos viene justo.



está enfermo.» ¡Como si se tratara de un mal... crónico!

Y á poco, lleno de pena, quejoso de tu desvío, te propina un «tu amor frío», ¡que á *tumor frío* me suena!

Mas allá, poniendo á raya las frases más españolas, asegura que «las olas de la mar *lamen* la playa.»

Pero quizás á entender con ello nos quiso dar que aquí decimos «*la mar!*» y en Francia dicen «*la mer!*»

Poco después arremete con el mar embravecido y afirma muy compungido que es, el náufrago, «*juguete* de la *cólera* del mar.»

¡Vaya un caso inusitado, que el mar *encolerizado* tenga humor para *jugar*!

Acto continuo, y pasando en menos que yo lo cuento, desde el líquido elemento al césped mullido y blando, ó sea á «la verde alfombra», diz que «generoso y noble», le «*presta* un añoso roble suave y *regalada* sombra.»

¡Barbaridades como esta no pasan... ni de pasada! ¡Si la sombra es *regalada*, claro es que no se la *presta*!

En fin, Luz, no apunto más. La tarea es enojosa é interminable, y es cosa de que no gusto, además, porque es un feo principio, oficiar de redentor y andar á la greña por un quitame allá ese ripio.

Y menos con quien, como ese poetilla *criticado*, es al fin un desgraciado á quien puede que le pese esta crítica raquítica; por más que se nota al punto que, por no tener asunto, me he puesto á hacer esta crítica.

Sin contar con que, á mi modo de ver, él tiene disculpa y tú, Luz mía, la culpa únicamente de todo.

Tú debiste presentir á ese poeta agua chirle, y, por lo tanto, impedirle que se pusiera á escribir.

Aunque, en fin, hablando en plata, para terminar diré que si tú le diste el pie, lo que es él... ¡metió la pata!

CARLOS C. CATALÁ.

## CANTIGA CHINA

Kong-King hermosa, la recatada, hija segunda del Mandarin.  
Eras la china más resalada de las muchachas que hay en Pekin.  
Por tus ojuelos cual peladillas y tu semblante como el limón, sufre mi cuerpo tales cosquillas que me peleo con el Dragón.  
Tus pies torcidos son caracoles del amarillo revuelto mar.  
Tiene tu seno cuatro bemoles. (Perdona el modo de señalar)  
¡Rinde á mi pecho, que lo reclama, tu talle esbelto como el bambú, que te aseguro por Budda y Lamma que ya estoy harto de hacer el búl  
Canté el incendio de mis entrañas, que me subyuga de un modo atroz, pintando arañas y más arañas en prolongado papel de arroz.

Paso las noches junto al kiosko, siempre á escondidas de tu papa, que como tiene carácter hosco hace cualquiera *barbaridad*.  
Antes de anoche, cuando discreta mi voz cantaba mi amor y fé, me asió el salvaje por la coleta y echóme á tierra de un puntapié.  
Ya ves, hermosa Kong-King amada, que me domina pasión sin fin.  
Haz que yo vea tu faz dorada por las ventanas del palanquin; mira á tu amante que está ya chocho y si tu pecho se rinde ya, bajo mi cráneo pelado y mocho mi pensamiento te adorará; que eres la china más resalada de las muchachas que hay en Pekin, Kong-King hermosa, la recatada hija segunda del Mandarin.

JOSÉ M.<sup>a</sup> DE LA TORRE.

## EN EL SALON «ERARD»

Sabía yo que estas fiestas del arte, organizadas por Mr. Diligeon, eran un derroche de buen gusto y de cortesanía; conocía los méritos de Anita Otero, la famosa pianista puertorriqueña; presentía que en el salón «Erard» se iba á reunir lo más selecto de la sociedad barcelonesa, por todo lo cual y porque me dió la gana, acudí la noche del pasado viernes al número 30 de la calle de Fontanella.

El salón estaba cuajado de muchachas guapas y de caballeros muy distinguidos, pero que—dicho sea en honor de la verdad—no me gustaron tanto como las muchachas.

Ana Otero, la heroína de la velada, es una trigueña alta, de gentilísima figura, con dos ojos como brasas, un lunar en la mejilla derecha y en toda la cara una

cierta tonalidad india, hija legítima del sol de Puerto-Rico. A más de eso, tiene un alma sencilla y abierta á las grandes inspiraciones de la música.

Mr. Diligeon es un parisién de buena raza, correctísimo y amable; su bella hija un portento de gracia; la Srta. Massoni, que también tomó parte en la velada, pequeña y hermosa; los demás profesores y artistas, buena gente toda ella, y buena gente también todos nosotros, los invitados.

Así las cosas y las personas, la fiesta había de ser espléndida. Doce números contenía el programa y, número por número, doce de este periódico le consagraria el Director, si cada número fuera un fonógrafo que llevara á los oídos del público las melodías íntimas que se desbandaban por el salón y volvían al piano, para vigorizarse y fundirse en otras nuevas, hasta que salía la última nota, temblando como el alma de un pájaro... que no se iba al cielo (como se me ha ido á mí el



santo) porque moría aplastada por los aplausos de aquel público artista.

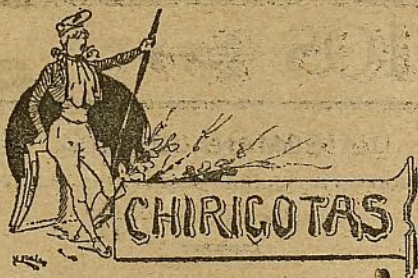
Anita Otero, en el *Concierto á dos pianos*, (op. 22) de Saint-Saenz, estuvo inimitable. El autor de esta bella composición, abarcando todos los estilos, ha puesto en ella rugidos de fiera, risas medio apagadas, rum-rum de oraciones, ecos de orgia, arrullos de paloma... todo ese rumor infinito y confuso que, según la expresión del poeta, *no cabe dentro del lenguaje humano*. Más, daba gusto oír como respondían al conjuro de la artista aquellas teclas ventrílocuos, que sacaban de las entrañas del piano las armonías todas de la tierra y del cielo.

Y no es sólo la portentosa ejecución de Ana Otero lo que maravilla, pero también aquel aliento artístico con que ella revive las grandes inspiraciones, muertas en el pentágono.

La señorita Massoni tiene una voz simpática y dulce y recibió grandes aplausos cantando el *Peccato Mortale* de Gastaldón. El señor Novone interpretó, admirablemente en el arpa *La Source*, de Blumenfeld, y el señor Calada, acompañando á la señorita Otero, estuvo á la altura de esta simpática artista.

Remató el triunfo de la fiesta Mr. Diligeón, que obsequió espléndidamente á la prensa y á los artistas, con lo que, *alegritos* de música y de algo más, se fué cada cual con la música á otra parte.

J. DE D.



—¿Hablaban Vdes. del Almanaque de la SEMANA CÓMICA?

—No, señor.

—Pues... á propósito del Almanaque. No dejen ustedes de hojearlo. Por hoy no digo sino que contendrá trabajos de Narciso Oller, *Pitarra*, Guimerá, Estremera, Sanchez Perez, Zahonero, Manuel del Palacio, Ansorena, Grilo, Codolosa, Fernández Shaw, Royo y otros muchos y muy buenos que me dejo en el tintero.

Y en cuanto á dibujos, bastará citar las firmas, que son las de Apeles Mestres, Cilla, Escaler, *Mecachis*, Pellicer, Poüs y otros maestros en el género.

¡Y pensar que todo ello lo damos por *dos reales*!

¡Ay, senyor! ¡ja 't dich jo que 'ns hem begut l'entiment!

Leo en el *Diario de Barcelona* del viernes 15 del corriente mes:

«En el restaurant Gran Continental se sirvió un «banquete de á 25 duros el cubierto, ofrecido por don «José María Feliu, como despedida á sus amigos. El «menú era escolijidísimo: *huitres, sauternes*, etc, etc.»

¡Ya lo creo, que podía ser *escolijidísimo*!

¡A 25 duros el cubierto!

¡Por ese precio me como yo al fondista, á la fonda

y á los mozos y hasta á las mozas que tuviere dentro!

Pero el *Diario* quedó sin duda pensando en la impresión que en nuestro ánimo hubiera podido producir la noticia anterior.

Y dos días después, para tranquilizarnos, añadió:

«En la relación que anteayer se publicó referente al «banquete de á 25 duros el cubierto, celebrado en el «Restaurant Gran Continental, se escribió D. José María Feliu, debiendo decir D. José Maciá Feliu.»

¡Ah! respiremos. ¡Se llamaba Maciá!

Pero llámese como guste, D. José María ó D. José Maciá, no podrá negarse que el día del banquete se despidió el buen señor *de todo*.

De la vida de soltero, de sus amigos... ¡y de algunos cientos de pesetas!

—A pedirle vengo, Cano,  
la mano de su Leonor.

—¿Con qué cuenta Vd., señor?

—Con los dedos de la mano.

V. BARAGANA.

Genio y figura, hasta la sepultura.

Habíamos quedado en que en el asunto del submarino Peral habíamos procedido con *excesiva ligereza*; convinimos todos en que los bombos y el afán de adelantar noticias han perjudicado más que favorecido al ilustre inventor y nos han puesto á dos dedos de hacer una plancha (si es que ya no la hemos hecho). Y en efecto, he aquí los telegramas que ayer publica la prensa local:

«Dícese que las pruebas de inmersión verificadas por el submarino, han dado un resultado satisfactorio.»

«Asegúrase que han tenido buen resultado las pruebas de inmersión verificadas por el submarino.»

¡Dícese! ¡se asegura!...

Pero, señor: ¿no podían Vdes. haber callado hasta saber lo que había *de cierto* en ello?

Lo que verdaderamente debían haber dicho los telegramas era esto:

«Se asegura que los españoles están condenados á ser unos faroleros toda su vida»

Y eso si que no habría dejado lugar á dudas.

*Volverán las oscuras golondrinas  
en tu balcón sus nidos á colgar,  
y otra vez con el ala en tus cristales...*

¿Saben Vdes. de quién es eso?

—De Becquer, hombre.

—¡Quí! Yo también lo había creído así hasta hoy. Pero ahora resulta que eso, que hasta los chiquillos saben de memoria, es de un tal D. José Herrera Pagés, que ha tenido la... modestia, de firmarlo en un periódico de provincias que acabo de leer.

Por falta de espacio no podemos contestar hoy á las cartas recibidas.

En el número próximo será, si Dios y el espacio lo permiten.

Imp. Militar y Comercial, Arco del Teatro, 9, (pasaje).





Véase el anuncio.

## ANUNCIOS

### CORRESPONSAL

*exclusivamente encargado de la venta de*

**LA SEMANA CÓMICA**  
**EN MADRID**  
**D. JULIAN RODRIGUEZ,**  
**TESORO, 5, BAJOS.**

UNICA CASA AUTORIZADA PARA LA VENTA,  
 SUSCRIPCION Y RECLAMACIONES  
 DE

LA SEMANA CÓMICA

**Sra. Viuda de Pozo é Hijos**  
 GALERIA LITERARIA

Calle del Obispo, número 55, Librería,  
 HABANA.

### LA SEMANA CÓMICA

PERIODICO LITERARIO, ILUSTRADO, FESTIVO  
*Vertrallans, 3, 1.º Barcelona.*

Publica artículos y poesías de los mejores escritores y  
 láminas de los más celebrados dibujantes.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona. . . . .	Trimestre.	1'50 ptas
Fuera. . . . .		2'50

En Ultramar y en el Extranjero, fijarán los precios los  
 señores correspondientes.

**NÚMEROS ATRASADOS: DOBLE PRECIO**

ESTA PROXIMO A ENTRAR EN PRENSA

## ALMANAQUE de La Semana Cómica

que formará un bonito tomo de más de 100 páginas, con cubierta al cromo, dibujos de Cilla, Pons, Mecachis Escaler y otros reputadísimos artistas y texto de los mejores y más renombrados escritores españoles.

**Precio del almanaque: DOS reales**

Ayuntamiento de Madrid